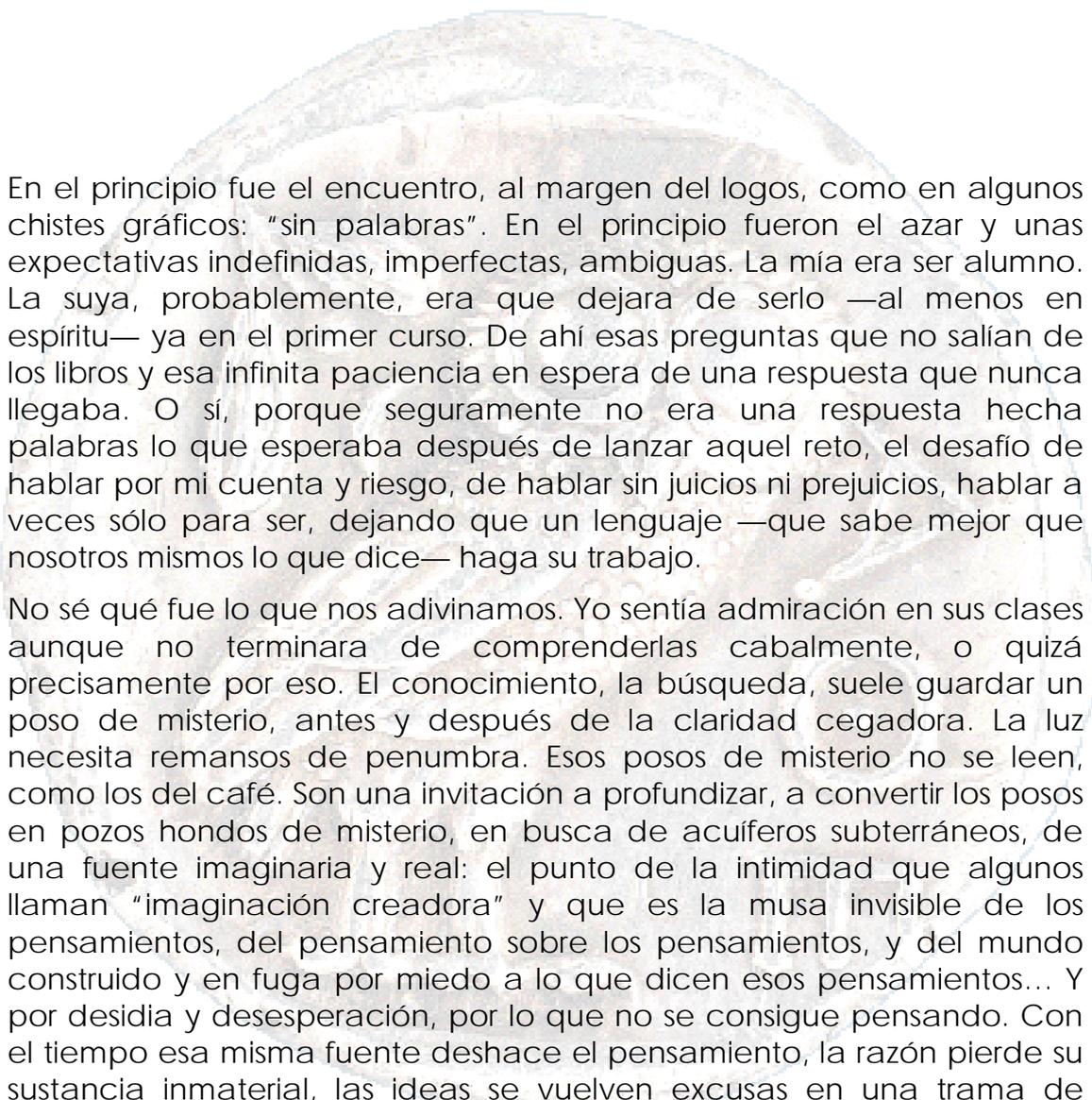


DISPERATA VITALITÀ: SGUARDO DEL POETA Román Reyes, *Nómadas* 1999-2017

Luis Cremades

Escritor y Poeta, Alicante

<http://dx.doi.org/10.5209/NOMA.56338>



En el principio fue el encuentro, al margen del logos, como en algunos chistes gráficos: “sin palabras”. En el principio fueron el azar y unas expectativas indefinidas, imperfectas, ambiguas. La mía era ser alumno. La suya, probablemente, era que dejara de serlo —al menos en espíritu— ya en el primer curso. De ahí esas preguntas que no salían de los libros y esa infinita paciencia en espera de una respuesta que nunca llegaba. O sí, porque seguramente no era una respuesta hecha palabras lo que esperaba después de lanzar aquel reto, el desafío de hablar por mi cuenta y riesgo, de hablar sin juicios ni prejuicios, hablar a veces sólo para ser, dejando que un lenguaje —que sabe mejor que nosotros mismos lo que dice— haga su trabajo.

No sé qué fue lo que nos adivinamos. Yo sentía admiración en sus clases aunque no terminara de comprenderlas cabalmente, o quizá precisamente por eso. El conocimiento, la búsqueda, suele guardar un poso de misterio, antes y después de la claridad cegadora. La luz necesita remansos de penumbra. Esos posos de misterio no se leen, como los del café. Son una invitación a profundizar, a convertir los posos en pozos hondos de misterio, en busca de acuíferos subterráneos, de una fuente imaginaria y real: el punto de la intimidad que algunos llaman “imaginación creadora” y que es la musa invisible de los pensamientos, del pensamiento sobre los pensamientos, y del mundo construido y en fuga por miedo a lo que dicen esos pensamientos... Y por desidia y desesperación, por lo que no se consigue pensando. Con el tiempo esa misma fuente deshace el pensamiento, la razón pierde su sustancia inmaterial, las ideas se vuelven excusas en una trama de guión variable: Nos hemos encontrado, nos hemos visto, nos hemos causado cierta impresión, hemos recibido huellas invisibles de otro, que se duermen según cruzamos el tiempo.

Un día al año, en España hay un concurso en el que se escoge la palabra más bonita del idioma. Supongo que lo “bonito” no es bello. La belleza conmueve, a veces arrasa sin que sepamos desde qué desiertos llega. Yo pensaba que esa palabra, por su simpleza, por su delicadeza y por su fuerza, sería, simplemente “NO”.

Me acordaba sin saberlo de la *Filosofía del no* de Gastón Bachelard, lectura sugerida por el profesor antes de su "época de madurez". Es cierto que no hacía falta leer el libro tanto como empaparse de su espíritu, por ósmosis llevándolo bajo el brazo. Me contagié de un cuestionamiento constructivo capaz de crear ámbitos, un espacio intermedio entre visiones que los expertos dispersan en teorías. Es decir: Si algo existe sin oposición es como si no existiera: sin forma, sin límites, sin punto de apoyo, sin resistencia, sin dificultades, sin fronteras, sin la posibilidad y la necesidad de dejar de ser lo que se es, no hay nada que pueda existir, salvo esa negación *in pectore*, el "NO" original. El instrumento que permite —mejor que el bisturí del análisis— crear vacíos, espacios interiores, convertir en habitables las esculturas del pensamiento objetivo, volverlas huecas, con sus pasillos transitables y sus puntos de encuentro. Eran las viejas huellas que se habían perdido, seguramente se habían quebrado, y ahora daban aquellos frutos que me fascinaban: un pensamiento habitable, una conversación; un logos sabiamente camuflado en sus silencios, en el lapso que va de una repetición a otra, de una contradicción a otra. Nos comprendemos en lo que no decimos.

Recuerdo una tarde en un café de Malasaña. El profesor escuchaba a sus discípulos. No me esperaban. Yo había entrado sin saber de ellos y casi sin verlos, hasta que se oyó una pregunta desde el fondo. El profesor había tomado la palabra y me invitaba a hablar. Pero yo no podía responder, o sólo podía decir que no. Entonces aún faltaban décadas para que encontrase mi propia fuente, en sueños. Hace pocas semanas, me desperté sobresaltado. El profesor me había llevado en su coche hasta mi casa de la infancia. Aparcando a golpes hacia delante y hacia atrás como quien conduce con el tacto más que con la vista. La casa era un hotel. Yo iba a recoger mis últimas cosas y terminar con el proceso de "check out". Me decían que olvidaba algo y alzaron sobre el mostrador una pequeña maleta, forrada de color púrpura, con la cremallera medio rota y la forma del ataúd de un niño. No seguí. El guía había acertado. En otros sueños había conducido mi padre, o yo mismo, sin que llegáramos a atravesar las primeras tormentas para regresar a la infancia.

El pensamiento que surge de la experiencia es irracional, como la experiencia misma, como la "praxis", que debe ser la hermana elegante y formal, la hermana universitaria de la experiencia. Imagino que desde esa pasión o vocación, desde ese impulso, surgen los textos de madurez que se recogen en este documento. A veces, al salir de casa, uno se siente inquieto. No es un pensamiento, solamente una inquietud, algo que sentimos sin saber y hace que caminemos con dudas, nos tocamos el cuerpo comprobando que somos todavía materia y, finalmente, nos damos un fuerte golpe en la sien: "¡Me he dejado las llaves!". Es el pensamiento que no se puede pensar mientras sucede. Algo parecido ocurre en bautizos, bodas y funerales: Los

pensamientos no pueden pensarse; pertenecen al dominio de la amnesia, donde se refugia el dolor y, con él, la belleza serena, la belleza triste, la belleza de sabernos y cuidarnos, aunque no sepamos y no queramos, por no mostrarnos frágiles en el mundo de las victorias. El mundo pensado se ha disuelto en la abundancia de los significantes insignificantes (en la charlatanería), mientras el resto, el mundo sentido pero sin sentido, el mundo olvidado, el mundo que nos ha creado y nos sigue recreando, se queda sin imágenes y sin palabras.

Pasado ya el siglo XX, volver la mirada a Pasolini significa —también— volver la mirada a la naturaleza a través de la naturaleza del cuerpo, a las raíces a través de los mitos y a la cultura a través del coraje. El arte, la creación, los movimientos precisos y aparentemente arbitrarios del curso de una biografía tienden un puente sobre el vacío, un mirador sobre el abismo con barandillas que se llenan de flores cada vez que alguien se acerca. Aquí estuvo el que fue mi guía, desde aquí se asomó al vacío el que fue mi conductor en sueños. Pasolini despertaba del sueño en la última escena de su Decamerón: *Perché realizzare un'opera quando è così bello sognarla soltanto?*¹. Entre la obra y el sueño descansamos los lectores, nos alimentamos, escuchamos palabras como si fueran música y de la música hacemos versos. En esos territorios de frontera que los nómadas cruzan a diario se dan los registros necesarios. En ese territorio mestizo habitan los bardos, los locos y algunos extraños, sorprendentes, inolvidables, contrabandistas de conocimiento.



¹ "¿Por qué realizar una obra cuando es más bello soñarla solamente?"

Luis Cremades me recuerda el origen del origen del mañana. Desde una pretendida adultez, que es siempre precaria inocencia. Al principio fue el grito, ciertamente. Recurrente monólogo, desde una tarima que nunca fue altura. Ni panóptico vuelo. Recurrente madurez, anunciada (siempre oculta), al comienzo del comienzo, que eran aquellas primeras clases. Ritual seductor de cada otoño. Consumir el anuncio (al otro lado de la luz), que fue la no gestión del cuerpo. De la huidiza sombra del alumno. Veloz, consumiendo pasiones. Y el simulado olvido de la ambigüedad. Siempre a golpes, generando fragmentos. Entre otoños. Entre máscaras (no representación), que simulaban duda, y formas pre-gramaticales. Clausurando (cuerpo contra cuerpo) la imagen de lo real, que es poesía. Y locura de silencio, que es belleza. La angustia de haber muerto a la vida.

Entre cosas y sueños. Al principio (del final del sueño) era, nuevamente, el grito (preñado de afonía). Eco huidizo de otros gritos del futuro, que el instante deja en la penumbra. Memoria del silencio, que el ruido no acalla. Esa melodía pre-armónica de la soledad. Desalojo simbólico del vacío. En el vacío que dejan los cuerpos. (Cuando llega septiembre). Pasión de otro, de un profesor que nunca quiso enseñar, sino aprender provocando. Y amando, como sólo sabe amar un diverso.

Abandonando cada espacio de tránsito, siempre por soñar, soñando el abandono de sí mismo. Las huellas de lo sagrado quedan, ciertamente, en los hoteles "de camino". Cuando el viaje ha terminado. Las pausas de la memoria es esperar que algo suceda. En los no-lugares del prostíbulo. La ocupación no tolerada. Y sucede, el principio del principio. Sé que Luis Cremades resiste, porque, antes de nacer a la poesía, todo era resistencia. Noches de Malasaña, movidas de palabras sin usar. Que el profesor sugería, sin permitir que nadie las pronunciara.

La luce è sempre uguale ad altra luce. Poi variò: da luce diventò incerta alba, un'alba che cresceva.... Così l'alba nascente fu una luce fuori dall'eternità dello stile ...²

[Román Reyes, Roma, Junio del 2017]

² Pier Paolo Pasolini, "La Resistenza e la sua luce". ["La ricchezza (1955-1959)", *La religione del mio tempo*, Garzanti, 1961]